



MODERNISMO

GRANDEZA DEL MODERNISMO

EL MODERNISMO O ART NOUVEAU FUE ALGO MÁS QUE UNA AVENTURA PROPIA DEL “FIN DE SIÈCLE” A MEDIO CAMINO ENTRE EL MÁS EXASPERADO DECADENTISMO Y LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA INDUSTRIAL; EL MODERNISMO CONCILIA CARACTERÍSTICAS PROCEDENTES DE DOS MUNDOS CONTRAPUESTOS, POR UN LADO, SE RECREA EN EL APOTEOSIS DEL ARTIFICIALISMO Y, POR EL OTRO, EN LA MÁS FANTÁSTICA IRREALIDAD.

DANIEL GIRALT-MIRACLE DEPARTAMENTO DE ARTES
PLÁSTICAS DE LA GENERALITAT DE CATALUÑA



© ELOI BONJOCH

Por inexplicable que hoy pueda parecer, la estimación y valoración del Modernismo es un fenómeno reciente y de poca tradición. Durante los primeros cincuenta o sesenta años de este siglo, el Modernismo fue mal visto, criticado, objeto a menudo de burla y, sobre todo, analizado como un barroquismo gratuito y una manifestación decadente del final y el principio de siglo.

Hoy sucede todo lo contrario, el Modernismo que surgió en Cataluña y, periféricamente, en la península, el Art Nouveau, el Jugendstil, el Modern Style, el Liberty, el Floral o la Sezession como manifestaciones francesas, alemanas, inglesas, italianas, austríacas... del estilo de fin de siglo, es apreciado en grado máximo, se le admira sin escrúpulos ni vacilaciones y se le considera un arte que mostraba claramente su voluntad de romper con las trabas del pasado académico, muy enraizadas todavía a finales del siglo XIX, y que disponía de un irreductible afán de cambio y una apasionada vocación por vivir su época y su espíritu de modernidad. El Modernismo o Art Nouveau fue algo más que una aventura propia del "fin de siècle" a medio camino entre el más exasperado decadentismo y la revolución tecnológica industrial; el Modernismo concilia características procedentes de dos mundos contrapuestos, por un lado, se recrea en la apoteosis del artificialismo y, por el otro, en la más fantástica irrealidad.

También puede definirse como una reacción esteticista contra la creciente civilización industrial, basada en las ideas y el simbolismo y como un acercamiento a la morfología de la naturaleza según la máxima que afirma que el arte no trata en absoluto de imitar la naturaleza, sino que es una creación imaginativa que busca en ésta sus símbolos. Frente a lo académico, amanerado e imitativo, el Modernismo supuso una auténtica liberación en nombre de la vida y la sinceridad.

En el caso concreto de Cataluña, el Modernismo, como señaló el profesor Valentí, es un fenómeno que revela la conciencia de un pueblo que no se sentía moderno, pero que quiso integrarse en la modernidad entendida como una forma de vida democrática, industrial, pedagógica, higiénica, culta y plenamente europea. En el contexto de una España empobrecida y arcaica, de sistema todavía agrario, el Modernismo supuso la aceptación de un modelo que se daba simultáneamente en los países más avanzados



del continente, es decir, Inglaterra, Francia y Alemania. Si en estos lugares tuvo un carácter claramente elitista, que la burguesía empleó como signo de lujo y esnobismo, en Bélgica y en Cataluña tuvo un carácter mucho más amplio. Todas las clases sociales se sienten identificadas con el Modernismo y con su estética sinuosa, basada en serpenteantes latigazos y rica ornamentación floral, porque tanto la burguesía como las clases obreras lo aceptan como propio y lo asocian a una reivindicación nacional mucho más amplia. Eso permite que podamos hablar de un Modernismo rico y de un Modernismo pobre, de unos edificios monumentales y de pequeñas casas periféricas, de ediciones de bibliófilo y de los programas de las fiestas mayores de los pueblos.

Desde el templo de la Sagrada Familia de Gaudí, auténtica catedral del siglo XX, hasta el Palau de la Música Catalana de Domènech i Montaner, auditorio del Orfeó Català, todo se concreta en una especie de locura sin límites que no ahorra detalles, ornamentos y riqueza de materiales para llevar el arte más allá de la lógica, en un irrealismo dominado por la vaguedad, el sueño y las escenas más misteriosas.

Este estilo nacionalista cargado de idealismo, apasionado por la naturaleza y dispuesto a aplastar con sus estilismos cualquier manifestación artística, penetró en todas las artes y los oficios, dejando un profundo rastro; desde los arquitectos

más acreditados hasta los artesanos más anónimos compartieron, en Cataluña, un mismo ideal artístico, ético y social, lo que contribuyó a dar al hecho del Modernismo una intensidad y una amplitud que se extienden hasta el Vallés, el Maresme, el Ampurdán, Valencia y las Baleares. Como en el Barroco, se consiguió un fenómeno de decoración integral (la *Gesamtkunstwerk*) donde todo, absolutamente todo, era tratado con la sinuosidad curvilínea del nuevo estilo.

Tal vez sea ésta la mayor originalidad histórica del Modernismo, la voluntad de integrar el arte en la totalidad de la vida social, desde la arquitectura hasta el más pequeño objeto de uso cotidiano.

La sociedad vive un auténtico fetichismo del objeto. Éste se transforma en el protagonista de toda la ornamentación. La sensualidad preside y determina las artes decorativas. Existe un manifiesto deseo de provocar sensaciones. Una deliberada propensión a lo ambiguo, a lo confuso, para propiciar experiencias inéditas. Lo translúcido, lo tornasolado, lo opalino, el blanco lechoso o turbio tamiza un interior vidriado o da color a un esmalte transparente de la más recargada joyería. Tradicionalmente se señalan tres fases en la evolución del Modernismo: la esteticista (1880-1894), en la que la burguesía triunfante realiza su sueño de modernización gracias a la prosperidad económica y a las consecuencias de la Exposición Universal de 1888. La del Modernismo floral (1894-1906), que se abre a la influencia de los modernismos europeos y al influjo japonés, culminando en el "coup-de-fuet", lógicamente mucho más idealizado y estilizado que el anterior y, por fin, la tercera etapa, conocida como el formalismo (1906-1910). La estética incide en la política y el catalanismo triunfa a nivel popular hasta conseguir que la Diputación, encabezada por Prat de la Riba, inicie la labor reconstructora que, en el ámbito institucional, técnico y cultural, llevará a cabo la Mancomunidad. El orden, la planificación, la medida, vuelven a dominar hasta desembocar en el Novecentismo, encarnación del sentido común y del placer controlado.

Indiscutiblemente la arquitectura fue el arte que aglutinó mayor número de artesanos y creadores, fomentando así el renacimiento de los oficios. Antoni Gaudí, como la figura más destacada, desarrolló el concepto de la arquitectura hasta sus más variadas posibilidades. Creó espacios con luz filtrada, ideó formas orgánicas y las decoró con policromías florales y



recubrimientos cerámicos de la más diversa condición, hasta dar una dimensión escultórica a las formas que se encuentran en la Sagrada Familia, el Parque Güell, las casas Batlló y Milà y la cripta de Santa Coloma de Cervelló, su expresión más rotunda.

Paralelamente, debemos citar de modo especial a Lluís Domènech i Montaner, que dio al ladrillo y tratamiento del hierro una nueva capacidad expresiva. En el Palau de la Música Catalana, de 1908, realiza una verdadera apoteosis del arte floral en una arquitectura rica en esculturas, mosaicos y vidrieras.

Josep Puig i Cadafach añadió a las constantes del Modernismo una fantástica elaboración de lenguajes medievales y otros tomados de la arquitectura rústica, siempre con el soporte de la recuperación

de los antiguos oficios artesanos. J. M. Jujol, con sus decoraciones pintadas, mosaicos y rejas, se adelanta a su tiempo y abre las puertas a futuros vanguardismos de influencia superreal o abstracta.

En pintura, aparece una pléyade de grandes maestros: Santiago Rusiñol, Ramón Casas, Isidre Nonell, Joaquim Mir, Apelles Mestres, Xavier Nogués, Joan Brull, Joan Llimona, Picasso, Renart, Xavier Gósé, Anglada Camarasa, Canals, Torres-García, figuras hoy tan reconocidas como cotizadas.

También la escultura vivió un momento de renacimiento: Josep Llimona, Miquel Blay, Lambert Escaler, Pablo Gargallo, Eusebi Arnau.

Los oficios artísticos fueron la auténtica y más original conquista del Modernismo. Mueblistas, vidrieros, esmaltadores, im-

presores, herreros, joyeros, ceramistas, etc., aportaron su versión del Modernismo con tanta o más fuerza que los arquitectos que, por lo general, les reclamaban para que intervinieran en sus obras. Destacaron en esta especialidad Francesc Vidal, Concordi y Joan González. Josep Pascó, Lluís Bru, Gaspar Omar, Joan Busquets, Lluís Masriera, Antoni Serra, etc. Una larga crónica de artistas de la construcción y la decoración podría seguir hasta el infinito, pero no tratamos hoy de subrayar la pluralidad y la diversidad del Modernismo sino su desbordante fuerza, su incidencia en toda la vida social y su contribución al movimiento cultural y visual, que fomentó en Cataluña una auténtica conciencia nacional que ha ido aumentando y evolucionando hasta nuestros días. ■